

# Conozca al Maestro

## Quando el gallo canta (Mateo 26.31–75)

Casi todos los que han vivido cerca del campo han oído el canto de un gallo —y es probable que hayan visto a la orgullosa ave estirarse al máximo con el cuello extendido al saludar el amanecer. No sé por qué el gallo hace esto.<sup>1</sup> Sospecho que en algún lugar de su cerebro, del tamaño de un chícharo, piensa que el sol no saldrá a menos que él cante.

Cuando era chico, oía el canto del gallo con emociones encontradas. Significaba el comienzo de un nuevo día. Eso era lo bueno. Pero también significaba que era hora de salir de un cálido lecho a cumplir con mis deberes. Eso no era tan bueno.

Hubo un hombre en la historia, para quien el canto del gallo no le traía ninguna felicidad, sino sólo la más profunda de las tristezas. El nombre de este hombre era Pedro. La conclusión de la triste historia se encuentra en Mateo 26.73–75:

Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo.

Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente.

Vamos a estudiar la historia de la negación de Pedro, con énfasis en el canto del gallo. Para nuestro texto, usaremos Mateo 26, pero también traeremos ciertos detalles que se dan en los relatos paralelos

(Marcos 14; Lucas 22; Juan 18). Para comenzar, haremos notar la vez que el gallo cantó por causa de Pedro; luego, haremos notar cuándo es que el gallo canta por causa de nosotros.

### LA VEZ QUE EL GALLO CANTÓ POR CAUSA DE PEDRO

#### La proclamación y las protestas

En Mateo 26 Jesús se encontraba con sus discípulos en el aposento alto. Él sabía lo que había adelante, y trató de advertírselo a sus seguidores. “En guerra avisada no muere soldado”, reza el dicho. Así comenzó diciendo: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche” (v. 31). En algunas versiones se lee: “Todos vosotros caeréis por causa de mí esta noche”. Esto es porque la palabra que se traduce como “escandalizaréis” en la Reina-Valera, y como “caeréis” en otras versiones, es una palabra del griego que significa: “tropezar”. Lo que Jesús dijo, en efecto, fue: “Todos vosotros os escandalizaréis de tal manera que hasta tropezaréis y caeréis”.

Luego Jesús citó Zacarías 13.7: “Porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (v. 31b). La idea de “herir al pastor” se refería a la muerte de Jesús. La dispersión de las ovejas era una referencia a la huida de los discípulos.

Aún a pesar de que Jesús sugiere que sus discípulos lo abandonarían, él todavía les amaba y les aceptaba. En el versículo 32 él anticipó su

<sup>1</sup> Un amigo mío, llamado Chester Davis, sugiere que esta es la forma como los gallos “delimitan su territorio” —que el canto es un gesto de combatividad.

resurrección y su reunión con los discípulos: “Pero después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea”.

No obstante, Pedro no oyó del amor y la preocupación. Todo lo que oyó, fue la advertencia de que él, y los demás discípulos, abandonarían a Jesús —y él no podía aceptar eso. “Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (v. 33). Pedro no ha sido el primero ni el último estudiante que le haya dicho a su maestro: “¡Estás equivocado; fallaste esta vez!”.

Pedro acababa de estar involucrado en la institución de la cena del Señor. Estaba en comunión con los demás discípulos y con el Señor. ¡Él se creía tan fuerte! Insistía en que “¡Jamás podría suceder!”.

Jesús repitió la advertencia, haciéndola personal para Pedro: “De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces” (v. 34). La frase: “Antes que el gallo cante”, significa: “antes de que amanezca”. En otras palabras, Jesús le dijo a Pedro: “En tan sólo tres, cuatro, o cinco horas me vas a estar negando tres veces”.

Pedro no podía imaginar una cosa así. Era como decir que lo negro se volvería blanco, que lo de arriba se convertiría en abajo, que el frío podría derretir y que el calor podría congelar. Esto fue lo que dijo: □; “Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré” (v. 35)! Eso le puede recordar a usted lo que dice 1 Corintios 10.12: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”.

### La realidad y los resultados

Después de dar la advertencia, Jesús y los discípulos dejaron el santuario del aposento alto y salieron al “mundo real” —al jardín de Getsemaní. Jesús tomó a Pedro, a Jacobo, y a Juan con él al centro del jardín. Esto fue lo que les dijo: “Velad y orad” (v. 41), pero ellos se durmieron. Aquí estaba Pedro, el que hablaba cuando debía estar escuchando, el que dormía cuando debía estar orando. ¡No es de extrañar que estuviese a punto de una caída!

La chusma vino y Judas identificó a Jesús con un beso. Pedro estaba listo: Sacó su espada y le hizo cirugía al siervo del sumo sacerdote, removiéndole una oreja (v. 51; Juan 18.10). Jesús lo miró y le dijo: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (v. 52).

Imagínese la protesta de Pedro: “Espere un momento Señor. Yo te dije que moriría por ti —y ¡estoy listo! ¡Apártate, Señor, y yo te protegeré.

Van a tener que pasar por encima de mí para atraparte a ti!”. No obstante, Jesús dijo: “Vuelve tu espada a su lugar, Pedro”. Así, Pedro se enfrentó cara a cara con la realidad. Tenía sus planes humanos, pero no el plan del Maestro.

A menudo tenemos nuestros planes humanos, ¿cierto, o no? Tenemos nuestras fuentes de protección, nuestras zonas de seguridad —puede que sean nuestras casas y posesiones; puede que sean nuestros empleos; puede que sean nuestra salud y fortaleza; puede que sean nuestros matrimonios, cónyuges e hijos. No obstante, ¡todos los anteriores pueden ser quitados! Cuando lo son, ¡nos sentimos tan vulnerables! Y clamamos: “¿Qué nos has hecho Señor?” Puede ser, simplemente, que el Señor quiera que aprendamos a depender de *él*.

Pedro también tenía su ego herido; había sido reprendido en público por Jesús.

La realidad se estaba empezando a demostrar para Pedro. Jesús fue llevado por la turba. Tal como Jesús les había anunciado: “Entonces, todos los discípulos, dejándole, huyeron” (v. 56b).

Los que prendieron a Jesús le llevaron al sumo sacerdote Caifás, adonde estaban reunidos los escribas y los ancianos. Mas Pedro le seguía de lejos hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los alguaciles, para ver el fin (vv. 57–58).

Otro relato dice que Juan también siguió a la muchedumbre hasta la casa del sumo sacerdote (Juan 18.15).

La turba habría regresado a la ciudad por el camino sobre el que Jesús había venido con sus discípulos —saliendo del jardín, atravesando el arroyo de Cedrón, de regreso a la ciudad— hasta que llegaron a la casa del sumo sacerdote. Juan le era conocido al sumo sacerdote (tal vez tenía tratos de negocios con él), así que, le dejaron entrar. Luego éste dejó que entrara Pedro (Juan 18.16).

Pedro entró al patio, el cual habría estado en medio de todos los edificios. Otros relatos dicen que había una pequeña fogata ardiendo allí —la cual, sin duda, fue construida con el fin de protegerse del frío de la fresca noche de primavera. Pedro, tratando de actuar como si perteneciera al lugar, comenzó a calentarse junto a la fogata. Mateo 26.58 dice que él fue a “ver el fin”. Es probable que pudiese mirar y estar informado del avance del juicio a través de las puertas y las ventanas.

Antes de que prosigamos, notemos que no había otros discípulos en el patio —en la cueva de

<sup>2</sup> No sabemos dónde es que se encontraba Juan durante el juicio. Tal vez se le permitió entrar para que viera el proceso.

los leones, por decirlo así. A excepción de Juan,<sup>2</sup> todos los demás se habían dispersado. Por lo tanto, reconozcámosle a Pedro, algún mérito por su valentía y entrega.

Luego la realidad se mostró aplastante —en la persona de una pequeña criada de la casa, la que había dejado que Pedro y Juan entraran (Juan 18.17). He aquí que ella vino, era una diminuta chica, que hacía una simple declaración a este grande y fuerte pescador: “Tú también estabas con Jesús el galileo” (v. 69). Pedro comenzó a sentir el calor, no el que venía de la hoguera sino el de la muchedumbre, y el hombre fuerte se derrumbó ante la pequeña chica: “Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices” (v. 70). La negación número uno había tenido lugar.

Pedro se retiró. Dejó el fuego y se refugió en la oscuridad, a la salida. Todavía no podía escapar. Otra criada lo encontró allí. “Saliendo él a la puerta, le vio otra [criada], y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno” (v. 71). Cuando todos los relatos se juntan, pareciera que en este momento eran varias las personas involucradas. Por lo menos dos más, rápidamente concordaron, diciendo: “¡Si es cierto! ¡Ése estaba con Jesús de Nazaret!”.

Es probable que Pedro comenzara a sudar. “Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre” (v. 72). En ese momento, el “juramento”, es probable que no se refiera a lo que llamamos lenguaje profano, sino el juramento formal que usaban los judíos. El juró que lo que había dicho era verdad. Había hecho la negación número dos.

### La tragedia y las lágrimas

Las vehementes negaciones de Pedro resultaron en lo que él más temía; le habían atraído más atención sobre sí mismo. Una pequeña muchedumbre se reunió. Uno era un pariente del hombre al que Pedro le había removido una oreja. Esto fue lo que dijeron: “Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre” (v. 73).

El dialecto de los galileos era distintivo. Ellos se comían algunas letras. Algunas letras las pronunciaban igual y otras no las pronunciaban. El acento de ellos era abominable para otros judíos, al punto que como regla, a los galileos no se les permitía pronunciar la bendición en las sinagogas judías. Así que, cada vez que Pedro abría su boca, se hacía notar como un bostoniano en Alabama

—o viceversa.<sup>3</sup>

“Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre” (v. 74). Aparentemente, Pedro combinaba un juramento formal con la sucia jerga de un pescador. “¡No, no, no lo conozco!”. Pedro estaba alzando la voz. Así, hizo la negación número tres.

Lucas añadió una nota en este punto: “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro” (Lucas 22.61). Puede ser que Jesús mirara por la ventana o por un pasillo a una puerta. Puede ser que Jesús mirara a Pedro cuando a él lo llevaban de un lugar a otro conforme los juicios avanzaban. Cualquiera que haya sido la situación, Jesús, en medio de todo lo que estaba sucediéndole, sabía también lo que le estaba sucediendo a Pedro.

Nótese la reacción de Pedro cuando se dio cuenta de lo que había hecho: “Y enseguida cantó el gallo... Y saliendo fuera [saliendo de la escena del crimen], lloró amargamente” (vv. 74b, 75b).

Guarde esta escena en su mente mientras pasamos a la segunda parte de nuestra lección.

## CUANDO EL GALLO CANTA POR CAUSA DE NOSOTROS

No nos engañemos a nosotros mismos. Todos hemos estado en el lugar de Pedro. El finado Fred McClung tenía un sermón llamado: “Yo he estado en el lugar de Moisés”, en el cual describe la vez que declinó un contrato de filmación de una película. Al igual que Moisés, quien se rehusó a vivir en el palacio del Faraón, Fred se rehusó a tener fama y fortuna, para vivir una vida de servicio. Puede que no hayamos estado en el lugar de Fred o de Moisés, sino que *hayamos* estado en el lugar de Pedro.

Cuando estamos en el servicio de adoración, cantando “Soy tuyo, Oh Señor”, nos sentimos fuertes. Estamos con nuestros iguales cristianos, y nos sentimos invulnerables. Si en tal atmósfera se nos preguntara si alguna vez seríamos capaces de negar a Cristo, esto es lo que responderíamos: “¡Jamás!”. Después, salimos al “mundo real”. Cuando las tentaciones nos atacan, la muchedumbre comienza a estrujarnos, y la presión de los demás nos aprieta, ¡es otra historia la que se cuenta!

He leído, últimamente, varias ilustraciones de lo que la presión de los demás les puede hacer a las personas: Un chico sordo no usaría su audífono porque no querría ser diferente. Una chica, que estaba casi ciega se rehusaba a que otros se dieran cuenta de su condición; en lugar de ello, continuaba

<sup>3</sup> Estos son acentos marcadamente diferentes de los Estados Unidos. Se pueden describir otros acentos con el fin de hacer más personal la ilustración.

haciéndose daño seriamente al chocar contra las paredes y los muebles. En un experimento, varios adolescentes dijeron que la línea más corta era la más larga, porque así lo habían dicho otros adolescentes. “Ah, pero eso es cosa de adolescentes”, dirá alguien. No, esto nos ocurre a todos. ¿Se ha reído usted de un chiste el cual no halló jocoso, simplemente porque los demás se rieron?

Muy a menudo, cuando la realidad golpea nuestras buenas intenciones, *negamos a Cristo*. Puede ser que lo neguemos con palabras, con acciones, o al quedarnos callados cuando deberíamos hablar. Algunas veces, no es que simplemente lo neguemos una sola vez, sino que es algo que se repite una y otra vez —difícilmente con alguna molestia de la conciencia.

Es interesante ver cómo podemos silenciar a la conciencia por un tiempo. ¿Recuerda la primera vez, cuando los cinturones de seguridad empezaron a salir? Muchos carros estaban equipados con alarmas sonoras para recordarles a los pasajeros que se abrocharan sus cinturones de seguridad; las alarmas armaban un alboroto si los cinturones no eran abrochados. Muchos de mis amigos odiaban tales alarmas. No tenían la intención de usar los cinturones de seguridad, y no querían que una alarma los molestara. Así que, hicieron que las alarmas dejaran de funcionar. Algunos las desconectaron; otros abrocharon los cinturones permanentemente y se sentaban sobre ellos, pero el asunto es que, de tal o cual manera, lograron acallar las alarmas. Hay algunos entre nosotros, que tratamos a nuestras conciencias así. La conciencia es uno de los sistemas de alarma más importantes, de Dios —pero no nos gusta, así que lo ignoramos. “Lo desconectamos” y seguimos nuestro camino.

O sea, seguimos nuestro camino *hasta que el gallo cante* —hasta que algo suceda que nos haga ver el pecado. Quizás sea una palabra de un amigo. Tal vez sea una clase bíblica, un sermón, un cántico o una oración. Puede que sea la pérdida de la salud. Tal vez la muerte de un amigo. Puede que sea un desastre financiero. Puede que sea un problema familiar. Tal vez sea que nuestro mundo se derrumbe en pedazos alrededor nuestro.

La Biblia habla de muchos diferentes “gallos” que despertaron la conciencia de las personas. Para Adán y Eva, ello fue la voz de Dios, cuando se paseaba por el jardín. Para David, fue un amigo que le dijo: “¡Tú eres aquel hombre!”. Para Jonás, lo fueron las no deseadas vacaciones, dentro de la barriga de un pez. Para el hijo pródigo, fueron los agujonazos del hambre cuando estaba en medio del barro y de la suciedad de una porqueriza.

Puede ser casi cualquier cosa.

Sea cual sea, el gallo canta; el peso total de una conciencia acusadora ejerce presión sobre nosotros, clamando: “¡Culpable, culpable!”. Luego reaccionamos clamando: “¿Qué hemos hecho? ¿Cómo es posible que haya hecho esto? ¿Cómo fue que una vez me dejé alejar tanto de Dios?”.

Cuando el gallo canta, es que ha llegado el momento para una serie de tres respuestas.

### **El momento de acordarse**

En primer lugar, es un momento para acordarse. El texto que estudiamos dice: “Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús” (v. 75a).

Se nos ha enseñado bien. Sabemos cómo es que debemos vivir. Sabemos cómo es que debemos actuar. No obstante, por alguna razón, hemos estado echando de nuestras mentes, todo lo que se nos ha enseñado. Ahora, ha llegado el momento de acordarnos.

La memoria es importante. El hijo pródigo se acordó de la casa de su padre. Esto fue lo que Jesús le dijo a la iglesia que estaba en Éfeso: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído” (Apocalipsis 2.5).

¿De qué es lo que deberíamos acordarnos? Acuérdense de que Dios le ama —así como Jesús amó a sus discípulos, así también él les habló de que podían ser dispersados. Acuérdense de las buenas nuevas del evangelio y de todas las implicaciones que ellas tienen —de cuando Jesús habló de su muerte y resurrección a los discípulos. Acuérdense de que Dios le perdonará si usted regresa. Todo ello estaba implícito en lo que Jesús dijo. El fracaso no es fatal; la caída no es el fin —a menos que permitamos que lo sean.

### **El momento de arrepentirse**

En segundo lugar, cuando el gallo canta, es el momento de arrepentirse. “Y saliendo fuera, lloró amargamente” (v. 75b).

Pedro no guardaba ningún resentimiento en contra de Jesús... ni en contra de los líderes del pueblo... tampoco en contra de la economía... ni la situación del mundo... ni por la forma como los pescadores eran tratados. Cualquier resentimiento que Pedro sintiera, ello sería por haber fracasado *él mismo* en ser lo que debería ser, en hacer lo que debería hacer.

Muy a menudo, se hace el contraste entre Judas y Pedro. Después de que Judas vendió al Señor, él, también, estuvo lleno de remordimiento. Sin embargo, no derramó lágrimas. En lugar de ello, salió, y fue y se ahorcó (cf. Mateo 27.3). Hay una diferencia entre la tristeza del mundo y la tristeza que es

según Dios (2 Corintios 7.10); hay una diferencia entre el remordimiento y el arrepentimiento.

El momento en que el gallo canta, no es un momento de felicidad. Uno puede sentirse tentado a tirarle al gallo, unos granos de maíz para que se calle. Uno puede, incluso, sentirse tentado a torcerle el pescuezo. No obstante, Dios, en su providencia, nos da estos “cantos del gallo” con el fin de despertarnos, con el fin de ayudarnos a ver la enormidad de nuestra rebelión. Por lo tanto, cuando el gallo canta, ello debería romper nuestros corazones, debería causar que nos arrepintamos y digamos: “Dios, hemos pecado. Te hemos negado con nuestro pensamiento, palabra y acción, pero, ¡con tu ayuda vamos a mejorar!”.

### **El momento de ser renovados**

Esto nos lleva a la tercera respuesta: Cuando el gallo canta, es el momento de ser renovados.

Alguien podría preguntar: “¿Cómo sabe usted que las lágrimas de Pedro eran señales de un arrepentimiento verdadero y no de un simple remordimiento?”. La respuesta a esta pregunta se encuentra en las acciones subsiguientes de Pedro. Jesús le dio a Pedro otra oportunidad y él la aprovechó.

Cuando Jesús les dijo a los discípulos que ellos caerían y serían dispersados, también les dijo que él se levantaría de entre los muertos y los encontraría en Galilea (Mateo 26.31–32). Después de que Jesús se levantó de entre los muertos, esto fue lo que el ángel les dijo a las mujeres que estaban junto a la tumba abierta: “Id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis” (Mateo 28.7). Juan 21 nos habla acerca del encuentro que tuvo Jesús con sus discípulos junto al mar de Galilea —y especialmente, acerca de la conversación con Pedro en la que Jesús le hizo una serie de preguntas:

Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?[Es probable que Jesús referiera a los botes, las redes y los peces.] Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas (Juan 21.15–17).

Pedro había hecho tres negaciones. Por cada una de ellas, Jesús hizo que Pedro reafirmara su amor.

Quiero especialmente hacer notar que Jesús todavía tenía trabajo para que Pedro hiciera. Fueron tres veces que Jesús dijo: “Apacienta mis ovejas”. Pedro había pecado enormemente, pero con Pedro no se había acabado la obra. Estaba enfrentado cara a cara con “el Señor de la segunda oportunidad”.

Pedro aprovechó plenamente aquella oportunidad de gracia. Nos parece verlo de pie el día de Pentecostés en Hechos 2, proclamando valientemente a Jesús el Cristo. En Hechos 10 nos parece verlo cuando va a una casa en Cesarea ¡a predicarle el evangelio a Cornelio y a su casa!

Cuando el gallo canta, ello no es el fin, a menos que así queramos que sea. Podría ser justo el comienzo, si es que respondemos de una manera positiva. Pedro salió de la experiencia siendo un hombre más fuerte y más sabio, uno que le era más útil al Maestro. Hay una antigua leyenda que cuenta que más adelante en su vida, cada vez que Pedro oía a un gallo cantar, él tartamudeaba durante la predicación y su rostro se le sonrojaría, pero pronto comenzaba nuevamente con mayor fervor y celo que antes —y con más amor y comprensión.

No permita nunca que un error, aun un monstruoso error, le arruine su vida o le cause que sea menos de lo que Dios quiere que sea. Cuando el gallo canta, ¡es el momento de despertarse! Es el momento de la renovación.

### **CONCLUSIÓN**

Esta historia tiene una importante lección la cual podríamos fácilmente perdernos. Cada uno de los escritores del evangelio cuenta la caída de Pedro. Los eruditos más conservadores concuerdan en que el relato de Marcos fue el primero que se escribió; así que, fue el primero en poner esta historia a circular. Al entender de la mayoría, también, el evangelio de Marcos es en realidad el relato que hace Pedro de la historia de Jesús. Papías alegaba que el evangelio de Marcos no es nada más que el material que usaba Pedro para predicar, puesto por escrito. En otras palabras, aparentemente, el primero en hacer público el pecado de Pedro, fue Pedro mismo.

Es como si Pedro estuviera diciendo: “Quiero compartir lo que me sucedió, para que usted pueda tener provecho de ello. Aprenda estas lecciones: Primero, que cualquiera puede caer. Yo no creía que yo podría, pero me sucedió —y a usted también le puede suceder. Segundo, que cuando usted cae, ello no es el fin. El Señor abunda en gracia y bondad. Él le dará una segunda oportunidad. Usted puede regresar”.

Me gustaría creer que esta lección pueda ser el gallo que está cantando por alguien, que ella sea la causa de que por lo menos una persona, enfrente lo que le ha sucedido, para producir el arrepentimiento, y para animarle a regresar.

Son dos las mentiras favoritas del diablo. Si usted necesita responder, él le dice una y otra vez: "Aún hay tiempo, aún hay tiempo. No hay necesidad de apurarse a obedecer al Señor". Después de que usted peca con gran dolor, la segunda mentira es: "Es demasiado tarde, es demasiado tarde. Has ido demasiado lejos". ¡No le crea al padre de las

mentiras! ¡Jamás hay que darse tiempo para darle el corazón al Señor, y jamás es tarde para regresar a él si su corazón puede ser tocado!

Cuando Pedro pecó, el Señor se detuvo y le miró. El Señor le está mirando a usted ahora. ¿Qué clase de mirada será? ¿Lo será de alegría? ¿Lo será de decepción? Sea lo que sea, estoy seguro de que es una mirada de amor y compasión.

Si usted necesita ser bautizado en Cristo o ser restaurado al Señor, ¿le permitirá usted a su corazón que sea tocado? ■

©Copyright 1998, 2000 por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados